

UNA DE PIRATAS

“Una de piratas”. Autor: Joan Manuel Serrat. Canción perteneciente al disco *En tránsito*. Grabado en Madrid, en mayo de 1981. Compañía discográfica Ariola.

Que las cuestiones piráticas son cosa de la historia, de la literatura y, para el público moderno, del cine, es por todos conocido. Sin embargo, los piratas y su mundo han surcado los siglos y también han cautivado la imaginación de los músicos, algunos de los cuales se han atrevido a incluir el tan noble arte de la piratería en una canción.

Joan Manuel Serrat (Barcelona, 1943), músico español –“de profesión cantautor”, como confiesa en una de sus canciones– ampliamente conocido y apreciado a lo largo de todo el mundo de habla hispana, con más de cuarenta y cinco años de carrera y más de treinta discos publicados, puede presumir de ser uno de los que se dejaron atraer por el magnetismo de los piratas.

En 1981, Serrat grabó un disco titulado *En tránsito*, título que, en mi opinión, tiene una significación que va más allá de la explicación de su autor, y sobre el que nos cuenta Serrat, en una reciente (2007)

y excelente edición de *Diario El País*, lo siguiente:

Debido a mi oficio, me toca dedicar gran parte de mi tiempo a viajar, a desplazarme de un lugar a otro, a transitar [...] Y es que eso de viajar me gusta. Creo que es la parte más enriquecedora de mi profesión y sin lugar a dudas lo que me ha permitido conocer algunos aspectos de la especie humana [...] también me he especializado en rellenar estos paréntesis ocupando actividades varias tales como pensar, leer, dormir o simplemente no hacer nada [...] influido por esto decidí titular *En tránsito* este disco.

No obstante, ese título tiene algo más que ver que los meros desplazamientos físicos de nuestro artista. *En tránsito*, musicalmente hablando, representa la última grabación de una época de transición entre sus primeros trabajos y los actuales; entre esos arreglos orquestales –de “mucho trompeta, violín y platillo”, habituales en la música pop española de los años 60 y 70, y las armonías más complejas y las melodías más íntimas que se podrán observar más nítidamente en su siguiente trabajo, *Cada loco con su tema*, de 1982. Y, en cuanto a sus letras, *En tránsito*

supone el definitivo salto de trampolín para una escritura mucho más directa y elaborada que se iba alejando de una ternura e inocencia más propias de su temprana juventud.

En este disco nos encontramos con una serie de canciones que permiten ver cómo Serrat abre su ánimo y su corazón al auditorio de la manera más sincera: una carta honesta sobre los males de la sociedad (“A quien corresponda”); una exhortación a esos ejecutivos modernos de postín (“A usted”); un canto al amor no comprometido (“Porque la quería”); una alabanza a la amistad (“Las malas compañías”); una maravillosa balada sobre los hijos (“Esos locos bajitos”); una ingeniosa canción sobre un hombre que conoce la felicidad (“Uno de mi calle me ha dicho que tiene un amigo que dice conocer un tipo que un día fue feliz”); una inspirada canción sobre la falta de inspiración a la hora de componer (“No hago otra cosa que pensar en ti”); un canto al motivo del *carpe diem* (“Hoy puede ser un gran día”). Y, entre todas éstas, aparece “Una de piratas”.

“Una de piratas” reúne casi todos los tópicos piráticos conocidos por el público: el orgullo pirata, el desprecio por la vida, las mujeres, el plano de un botín, el tradicional tesoro enterrado en una playa, su terrorífico barco e incluso el lorito “que habla en francés”.

Esta visión romántica del pirata, en la que nuestro buen y noble bandido –y fiero y cruel cuando la situación lo requiere– se rige por leyes inquebrantables de camaradería y lealtad, es una verdad a medias; podríamos decir que es, incluso, bastante menos de media verdad. Y lo siguiente lo demostrará.

Si hay algo que destaque en el carácter del pirata serratiano es su sentimentalismo; un sentimentalismo capaz de hacer que se grabe en la piel “a la reina del burdel”; un sentimentalismo por el que puede llegar a enamorarse y traicionar a sus compañeros de correrías; un sentimentalismo que lo hace renunciar a la ley del filibustero. Y eso sí que no, porque a un pirata que se precie ni de lejos podría llegar a ocurrírsele esto: las famosas Normas de la costa, más conocidas como la ley de los piratas, colgaban el cartel de “prohibidas las mujeres”, quizás por los problemas que las féminas habían causado a su comunidad. Y en su canción, Serrat describe a un pirata acabado por la nefasta influencia de una mujer y de su hermosura: es la mujer de la que se enamora el pirata la que causa su desnaturalización, la que le corta las alas, la que provoca su ruina; el pirata podría haber seguido llevando su vida normal, dedicado al pillaje, a la extorsión y al mal en general, pero es la mujer la que retuerce su existencia y la que lo aparta de la senda correcta.

Y mirando por un momento la historia, para delimitar la intervención efectiva de la mujer en la vida de los piratas, hay que decir que sólo dos mujeres en realidad pueden ser catalogadas como tales; éstas son Anne Bonny y Mary Read, dos inglesas de principios del siglo XVIII, cuyas vidas fueron relatadas por Daniel Defoe en *Historia General de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*; y llevadas a la gran pantalla por el director Jacques Tourneur en la película de 1951, *Anne of the Indies (La mujer pirata)*. El resto, en lo que se refiere a la mujer y su relación con la piratería, es pura ficción.

Y es que el pirata de Serrat tiene unos antecedentes literarios y cinematográficos

evidentes; tiene una influencia clara y comprobable con la literatura que sobre el mundo de los piratas se ha escrito y con la obra cinematográfica norteamericana; un ascendiente que vive en el recuerdo de nuestro cantante y se hace aun más patente en otra de sus canciones, “Los fantasmas de Roxy”, del álbum *Bienaventurados*, de 1987, en la que rememora las visitas a esos cines de sesión continua donde se vivían con intensidad los clásicos de Hollywood, como *King Kong*, *Gilda* o los zapateos frenéticos de Ginger Rogers y Fred Astaire.

Decía, que el pirata de Serrat tiene un poso de clasicismo indudable. Tiene el color y el sabor de los relatos clásicos de piratas y de esas películas también clásicas –películas tan impresionantes como olvidadas para muchos de los cinéfilos de hoy. El pirata de Serrat está reflejado en los ojos de Errol Flynn, rabiosos por la injusticia, en la película *El capitán Blood* (*Captain Blood*), de 1935, de Michael Curtiz. Errol Flynn, que encarna el papel de un médico acusado injustamente de traición, se lanza a la piratería y se convierte en luchador por la libertad y en adalid de las causas justas, siempre acompañado por esa bella mujer (Olivia de Havilland) de la que irremediablemente se enamora. Asimismo, Serrat trae para su canción fragmentos de la película *El halcón del mar* (*The Sea Hawk*), también de Michael Curtiz y rodada cinco años más tarde, en la que el mismo protagonista, Errol Flynn, se muestra de nuevo como un temido pirata, pero a la vez tierno, sentimental, enamorado, y, cómo no, acompañado de otra hermosa mujer (Flora Robson) que delimita, como en la canción, la vida pirática del protagonista.

Y no podríamos acabar este apartado dedicado a los clásicos sin nombrar otro de los grandes títulos que, quizás, marcan un rumbo nuevo en lo que se refiere a este subgénero de aventuras: *Capitán Kidd*, dirigida por Rowland V. Lee, en 1945.

En este caso, el pirata es el antagonico del clásico de la literatura y del cine: feo, de edad madura y sin dama hermosa a su lado. Este pirata, interpretado magistralmente por el gran Charles Laughton, abre nuevas posibilidades al papel que ya están contempladas y excelentemente desarrolladas en el personaje de Long John Silver, protagonista indudable del clásico de clásicos *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

Estas posibilidades están basadas en la caracterización de un pirata, que dista mucho de ser comparable a la de nuestro pirata romántico y sensible, aunque lo moldea con materiales que igualmente lo hacen atractivo, pero por otros motivos: es cruel, pero carece de la idea de justicia de ese pirata de la canción; traiciona a sus compañeros, pero por motivos menos pasionales que el pirata serratiano: él lo hace por egoísmo. Y si no, sólo hay que ver el cinismo con que el capitán Kidd elimina a todos sus compinches al acabar de enterrar el tesoro, o la desvergüenza con la que oculta sus tropelías al rey Guillermo III.

Éste ya no es el pirata de Serrat. Quizás es un pirata más allegado a los de carne y hueso; a los de los libros de historia. Éste es un pirata cínico y cómico equiparable al capitán Red, protagonizado por Walter Matthau, en la película *Piratas*, de Roman Polanski, de 1986; muy cercano al capitán Jack Sparrow, protagonizado por Johnny Depp, en la trilogía

Piratas de el Caribe (2003, 2006 y 2007), de Gore Verbinski, y al personaje protagonizado por Charlton Heston en la versión de *La isla del tesoro*, de 1990, dirigida por Fraser C. Heston.

Los tres carecen de escrúpulos, son egoístas y pendencieros, pero con un punto de desfachatez y simpatía que les hacen muy del agrado del público. Porque, en lo personal, creo también que esos piratas de cuento, esos piratas-caballeros, esos señoritingos del mar, de bucle en la frente y cara rasurada después de dos meses de confinamiento –que son los de las películas clásicas comentadas y los de Serrat– son personajes planos que acaban delimitando sus posibilidades futuras al encerrarse en un presente cierto y previsible, algo que va contra su propia naturaleza pirática, la de la libertad escrita y cantada por Serrat: “Para hincarles de rodillas hay que cortarles las piernas”.

Estos piratas, los truhanes simpáticos, tendrían su correlato musical posiblemente no en Serrat, sino en su *alter ego* canalla, Joaquín Sabina, que en su canción “La del pirata cojo”, del álbum *Física y química*, de 1992, retoma el discurso del pirata más pendenciero y bohemio; el del profesional malvado del mar capaz de llevar su labor hasta las últimas consecuencias.

Pero no quiero con esto acabar menospreciando, ni mucho menos, el trabajo pirático de Serrat. Su pirata, empezado a forjar a golpe de pluma y perfeccionado a ritmo de película en blanco y negro, responde a la visión en una época ingeniosa, cinematográficamente hablando, y ñoña en lo referente a la moral. Pero quitando eso, y algunas cosas más, el pirata enamorado de Serrat es poseedor de un encanto y una ternura que aún no han sido superados■

Alejandro Caamaño Tomás
Departamento de Humanidades, UAM-A.